

SOBRE EL ESPÍRITU DE PARTIDO

EN la última obra de Elie Faure, *La danse sur le feu et l'eau*, hay un ensayo, el sexto, que se titula «Cleon en el Parnaso». Cleon, el célebre demagogo ateniense — criatura en gran parte de Tucídides, el gran maestro de maquiavelismo —, representa el espíritu de partido político, y Faure trata de encarecernos cuán nocivo es ese espíritu para el arte y, por lo tanto, para el ideal. Y hasta para el ideal político; ideal siempre artístico, estético, más bien trágico, al que el partidismo degrada y envilece.

En esa sección de su citada última obra, Elie Faure dice: «Sí. Ya lo sé. En un tiempo como el nuestro hay que tomar partido. Quien no toma partido es un cobarde. Quien no está por nosotros está contra nosotros...» Sea. Pero tomar partido no es hacer uno de su obra un instrumento de partido. Y hasta me pregunto si las tendencias sociales ó morales del poeta no están expuestas á tener tanto más poderío cuanto menos se expresan en un poema.

En las frases que Faure atribuye á los que defienden la necesidad de tomar partido hay una torcida cita del Evangelio. Cosa muy frecuente, pues los textos evangélicos, ó suelen ser citados mal, ó á contrapelo y fuera de su tiro. El Evangelio, en efecto, no dice, que sepamos, en ninguna parte eso de que quien no está con nosotros está contra nosotros. Lo que respecto á la colectividad, á los varios, á la pluralidad, ó sea al partido — llámesele secta ó iglesia — se dice en él es muy otra cosa. Y es que cuando Juan se acercó al Maestro á decirle que había uno que echaba demonios en nombre de él, de Jesús, del Maestro, pero que se lo prohibieron porque no le seguía con los otros — «por que no te sigue con nosotros», dice el texto (Luc., IX, 49 —, Jesús le dijo: «No se lo prohibáis, porque el que no está contra vosotros, por vosotros está» (Luc., IX, 50). Lo cual es muy distinto de la frase que Faure presta á los defensores del partidismo, á los institucionalistas, y hasta, en cierto punto, todo lo contrario.

¿De dónde ha podido, pues, venir la confusión? La confusión ha venido de que olvidando, ó mejor, dejando olvidar por mal espíritu de partido, ese texto tan clásico en que el Maestro afirma que los que no están contra los que le siguen, están por ellos, aunque no vayan con ellos, se han agarrado á otro, dándole una interpretación torcida. Este otro texto, mucho más conocido y citado, por ser de exclusión y de guerra, se halla en el mismo Evangelio, en el capítulo XI, y versículo 23, y dice así: «El que no está conmigo, contra mí está, y el que conmigo no recoge, despararrama.»

Pero ¿quién no ve que en el caso el Cristo hablaba de sí mismo, del Verbo, del Ideal, de la Doctrina, del Principio, y en el otro de los que le seguían formando la comunidad de sus discípulos, ó sea de la Iglesia, de la Colectividad, del

Partido si se quiere? Y ello quiere decir que quien no está por el verbo, por el ideal, por la doctrina, por el principio, está contra él — aunque nosotros creamos que se puede estar por y contra un ideal, haciéndole vivir en el juego de la contradicción íntima —; pero que quien no está contra los que lo siguen, contra los partidarios, está por ellos, aunque no se aliste ó matricule en el partido.

Los primeros discípulos de Jesús, judíos fanáticos, hombres de partido y de secta, de exclusión, no querían tolerar que nadie echara demonios en nombre de su maestro, si antes no se habían alistado en la comunidad, y á esos es á los que el Maestro les dijo que quien no estaba contra ellos, aunque obrase separado de ellos y fuera de su comunidad y por su cuenta, estaba por ellos; y como este mismo, á quien Juan quiso prohibirle echar demonios porque no era del séquito, los echaba en nombre del Maestro mismo, estaba por éste y no podía, por lo tanto, estar contra él. La cosa es clara.

Y esto se repite á diario en el orden político, donde uno echa demonios en nombre de un principio y está por el principio; pero si no se alista en la comunidad de los que se reúnen bajo ese principio, las más de las veces sin creer en él, y aun sin conocerlo, quieren los partidarios prohibirle que eche á esos demonios. Que tal es la ceguera y la malevolencia del espíritu de partido, muerte de todo ideal generoso. Porque un noble principio cualquiera, éste ó su contrario, el de orden ó el de revolución, el de libertad ó el de dictadura, el democrático ó el autocrático, el anarquista ó el socialista, el unitario ó el federal, perecen á manos — ó á pies — de los partidos que los adoptan. El partido es la tumba del ideal que le sirve de bandera. El partido entierra al principio después de haberle dado muerte, y erige en bandera el sudario en que le envuelve en su agonía, si es que retorciéndolo no se sirvió de ese trapo para ahogarlo.

Y todo gran poeta, todo gran creador de mitos — y mitos son los ideales políticos —, sólo puede crearlos fuera de partido. «Pienso en Hugo — escribe Faure —, cuya obra, por las nueve décimas partes predicante y politicante, parece la colección de homilias de un secretario de orfeón; pero que es el más grande entre los artistas del verbo cuando habla la cólera ó coge el objeto.»

Ni los partidos pueden proveerse de principios que les sirvan de pretextos para sus bajos menesteres, de mitos para mantener frescas sus ilusiones, sino tomándolos de los que los crean. Porque hay poetas, creadores de mitos políticos. Y los creadores en política tienen que vivir fuera de los partidos. Porque los partidos esterilizan, eunuquizan, acaponan á los que les están adscritos.

Miguel de Unamuno